

## La nueva estrategia de Petróleos Mexicanos

El día 8 de diciembre, en los desplegados de plana completa aparecidos en toda la prensa nacional, Petróleos Mexicanos presentó un conjunto de argumentos convincentes a favor del aumento ya esperado de los precios del petróleo y sus derivados. El comunicado de Pemex confirmó lo que era del conocimiento público extraoficialmente ya desde hace tiempo. Como resultado de la congelación de precios de los productos desde 1958, éstos se volvieron unos de los más baratos del mundo y la empresa se enfrentó a una situación económica y financiera cada vez más difícil. Debido a la limitación severa de las nuevas inversiones

... la producción en la industria petrolera y petroquímica básica del país ha crecido a una tasa anual menor que la del consumo. En consecuencia, se ha requerido recurrir a importaciones para atender el consumo nacional de estos productos, por lo que las compras en el extranjero han aumentado en forma ininterrumpida en el lapso comprendido de 1965 a 1973. En efecto, el valor de las importaciones en 1965 representó sólo 74 millones de pesos; 553 millones en 1970; 1 042 millones en 1971; 1 518 millones en 1972 y, para el presente año, ascenderán a 3 300 millones aproximadamente...

... Al aumentar anualmente el volumen y el valor de las importaciones, se ha acentuado la dependencia del exterior para el suministro de energéticos, precisamente en una época en que la disponibilidad de hidrocarburos y petroquímicos básicos en el mercado mundial es en extremo limitada y los precios se mantienen en alza continua. En un mundo ávido de hidrocarburos y que se enfrenta a una severa escasez de energéticos, el recobrar y mantener la autosuficiencia de productos petroleros debe constituir para Petróleos Mexicanos una meta de primordial importancia.

El aumento de los precios del petróleo y sus derivados representa sólo el primer paso para lograr tal objetivo. El siguiente, y no menos importante, consiste en la activación

rápida de los trabajos de exploración. Estos —como lo hizo conocer unos días antes del alza de los precios el gerente de exploración de Pemex— se han mantenido estancados desde mediados del decenio de los sesenta. De 1965 a 1970, la empresa abrió en total 842 nuevos pozos exploratorios, disminuyendo la perforación de unos 160 pozos en 1965 a 130 en 1970. A manera de ilustración cabe añadir que nada más en Texas se abren unos 3 000 pozos exploratorios cada año y es obvio que solamente una pequeña parte de los pozos perforados entra después en la etapa de explotación.

No hay ninguna razón —según peritos en geología petrolera— para creer que el estancamiento de las actividades de exploración refleja la escasez de petróleo en el subsuelo mexicano. Al contrario, existe evidencia indirecta en el sentido de que el país cuenta con grandes reservas de este recurso energético en muchas partes de su territorio y a lo largo de la plataforma continental y en las zonas adyacentes del golfo de México y del mar Caribe. Si el problema es, entonces, de orden financiero y tecnológico, es necesario insistir en que es posible de resolver. Ofrece dudas, en cambio, el hecho de que se resuelva a corto plazo. Si bien el año venidero entrarán en producción nuevos mantos petrolíferos en el sureste, el aumento tangible de la producción tardará varios años.

En estas condiciones, es preciso considerar también la cuestión por el lado del consumo nacional de petróleo y sus derivados. El comunicado de PEMEX informa que en México los hidrocarburos proporcionan el 90% de los energéticos básicos y que poco más del 50% de la energía eléctrica se genera en plantas termoeléctricas, que funcionan con productos derivados del petróleo, tales como gas natural, combustóleo y diésel. Frente a las dificultades de la empresa más importante del país se plantea el problema de la permanencia o cambio del patrón de uso del petróleo en México.

Sin entrar en el campo del posible empleo de nuevas fuentes de energía, cabe insistir de inmediato en la necesidad de explotar adecuadamente nuestras reservas carboníferas. Al mismo tiempo, habrá que ver más de cerca la estructura del consumo de los productos petroleros. Suponer que no hay posibilidad de modificarla significaría aceptar el pasado y el presente como inmutables, no sujetos a cambio alguno. Bien puede ser que el alza de los precios de los combustibles frene el crecimiento del consumo. Empero, como un gran número de países está tomando medidas para eliminar el uso dispendioso de los energéticos, parece urgente que México también adopte una política más racional en la materia, que además tenga en cuenta los aspectos ecológicos que tanta atención requieren, sobre todo con vistas al futuro. Solamente así podrá Petróleos Mexicanos superar sus dificultades de manera permanente y sólida y se aprovecharán mejor las fuentes de energía nacionales.

## Los problemas del petróleo en el mundo

Los dos factores, penuria y carestía del petróleo crudo, están obligando al mundo a revisar no pocos de los supuestos en que basaba sus proyecciones de progreso económico y bienestar social y a admitir que la organización económica y política internacional no muestra gran capacidad para resolver las graves cuestiones que surgen derivadas de una problemática disponibilidad de energéticos. La conmoción no es de extrañar si se repara en que en 1970, considerando el conjunto de países con economía de mercado, el petróleo

representaba más del 50% de toda la energía consumida y, agregando el gas natural, se llegaba al 70% para los hidrocarburos. Del decenio de 1960, en que predominaba una visión optimista fundada en el uso de un energético barato y superabundante que parecía inagotable, a la hosca realidad de hoy, parece extenderse un abismo, como si no existiese ninguna relación entre un momento y otro y la coyuntura actual hubiera sobrevenido en contra de toda previsión, inconcebible e insospechadamente. No ha sido así, pero muchos no salen aún de su asombro. Ahora no faltan los que sostienen que, con la crisis petrolera, la humanidad entra en una era nueva, muy distinta de la anterior y que ofrecerá signos extraordinariamente claros de esa diferencia. Por ejemplo, la extinción de formas de vida y estructuras económico-sociales basadas en el despilfarro de energéticos y en el automóvil individual, y su remplazo por modalidades colectivas. No hay duda, en cualquier caso, que la presente crisis no es un asunto simple y claro y que sus consecuencias son múltiples y diversas, y hasta contradictorias. En la maraña del complejo petrolero y sus efectos destacan, no obstante, varios elementos.

Si bien hay que distinguir entre el alza de los precios y la escasez del crudo, es indudable que la una influye en la otra y viceversa y que la conjugación de ambas es la que determina la difícil situación que afronta el mundo. El petróleo no habría alcanzado cotizaciones tan altas en el mercado internacional a no ser porque los países árabes han restringido su producción y exportación, y están aplicando un bloqueo selectivo. A su vez, la fuerte subida de los precios permite a esos países obtener iguales ingresos, y aun mayores, con un volumen menor del producto, lo que facilita su política de restricción. Es sumamente probable que los países árabes, y otros exportadores, no vuelvan al ritmo de crecimiento de su producción de antes de la guerra de octubre —ritmo en que se apoyaban Europa y Japón para proyectar su futuro— y con ello fortalecerán la política de alza de los precios del petróleo. Esta política habría sido emprendida ya sistemáticamente y en forma colectiva por la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) desde su fundación en 1960. Por consiguiente, precios altos y penuria configuran una coyuntura crítica y abren una perspectiva sombría para el futuro inmediato de muchos países.

Tanta gravedad reviste la coyuntura que en todas partes se ha agudizado la preocupación por la posible insuficiencia de energéticos y se siente la amenaza de una recesión portadora de fenómenos muy alarmantes, tanto económicos como sociales. A más largo plazo está enfocado el debate, inconcluso y difícilmente concluyente, entre quienes ponen su confianza en los remedios tecnológicos, capaces según ellos de evitar la crisis de energéticos, y quienes estiman que el agotamiento de los combustibles fósiles (petróleo, gas natural y carbón) se precipitará —encabezado por el de las reservas petrolíferas— sin dar tiempo a su relevo oportuno por otras fuentes de energía. Conforme a esta corriente, las tesis inquietantes de *Los límites del crecimiento*<sup>1</sup> cobran la más viva actualidad. De todos modos, parece evidente que, en el mejor de los casos, evitar una honda crisis de energéticos sólo podría lograrse a un costo bastante superior al que tenía el petróleo.

Pero por lo pronto, los efectos de la precaria coyuntura petrolera son restricciones en el uso de gasolinas y caloríferos derivados del petróleo, reducción del número de vuelos, barcos paralizados en los puertos, licenciamiento de personal y baja del ritmo de actividad de varias industrias (automóvil inicialmente, seguida por la aeronáutica, petroquímica, textil, siderúrgica, turismo) y empeoramiento de los procesos inflacionarios, que intensifican su virulencia. Al mismo tiempo, en seis países europeos está prohibida la circulación del automóvil los domingos y días festivos y un buen número de gobiernos se apresta a

<sup>1</sup> Véase “El modelo mundial: una reflexión fundamental”, “Un proyecto latinoamericano de modelo mundial” y “Allende el año 2000”, en *Comercio Exterior* agosto de 1972.

racionar el uso de la gasolina a partir de enero próximo. Las proyecciones deducidas del estudio de las principales variables en juego dan desde el discutido crecimiento cero para Japón en los meses inmediatos, hasta contracciones de la tasa de incremento del PNB y decrecimientos de éste, para Estados Unidos y Europa. La coincidencia, una vez más, de la inflación y la baja de la actividad económica, sumiría al mundo en una fase de “estanflación” altamente peligrosa. Las bolsas de valores reflejan un ambiente de inseguridad y alarma, lo mismo que el precio del oro, otra vez ascendente.

Algunos piensan que las consecuencias negativas de la escasez y el alza de los precios del petróleo afectan más que nada, o casi exclusivamente, a los grandes centros industriales y que el mundo en desarrollo puede contemplar confiado el estado de cosas del momento y el que parece avecinarse. Sin embargo, es bien obvio que la penuria y la carestía de un producto determina que las fuerzas del mercado impongan más que nunca su racionamiento con base en el grado de riqueza, lo mismo entre los individuos que entre los países, privando del producto a los menos pudientes a beneficio de los opulentos. Quiere decirse que si la escasez desata una competencia entre compradores de petróleo, los países pobres llevarían las de perder; todo el petróleo iría a las naciones poderosas. Además, debe prevenirse el efecto desastroso que las recesiones económicas en los grandes centros industriales tienen siempre para las economías en desarrollo. No hay que perder de vista que en el llamado Tercer Mundo, los países exportadores de petróleo son una minoría comparados con los importadores y que, por tanto, los más de éstos sentirán directamente las repercusiones de las elevadas cotizaciones y de la escasez. El alza de los precios va a desequilibrar, está desequilibrando ya, las balanzas de pagos de los países industriales importadores, retrasando hasta una fecha imprevisible la reforma del sistema monetario internacional lo mismo que los planes para formar la unión económica y monetaria europea; al mismo tiempo, los sectores externos de la mayoría de los países en desarrollo van a encontrar las peores dificultades.

La acumulación de poderío económico y político en alrededor de media docena de países árabes es uno de los aspectos más desconcertantes y controvertibles de la coyuntura actual. Es un enigma hasta qué punto pueden coincidir regímenes tan divergentes —han chocado entre sí buen número de veces— como son los “progresistas” y los “feudales”, en que se divide esencialmente el espectro político de los países árabes. Por lo demás, es bien sabido que una grandísima parte de los ingresos petroleros que obtienen los “feudales” van a dar a las cuentas personales de los monarcas y emires y que es muy raquítrico el beneficio que alcanzan los pueblos. Difícilmente, por consiguiente, se podría convertir a un “feudal” en héroe del Tercer Mundo.

En cuanto a la relación entre países productores y compañías internacionales, si bien es cierto que hay puntos de fricción, no lo es menos que la política de alza de precios y de merma de la producción no quebranta las finanzas de las grandes empresas, las que, si acaso, acrecen sus utilidades imponiendo a los importadores los precios que juzguen necesarios. Si las compañías tienen que pagar más por el crudo, simplemente cargan más cuando lo refinan y comercializan. La escasez del producto les facilita este comportamiento, máxime cuando llega, como ahora sucede, al extremo de provocar la existencia de un mercado negro. Es significativo que una de las teorías en boga sobre la crisis petrolera designe a las grandes transnacionales del petróleo como las promotoras y beneficiarias de ella.

Lo que subsiste por encima de todo es el problema inmediato y prospectivo de los energéticos y sus consecuencias económicas y sociales. ¿Es tiempo aún de prever, coordinar y organizar un uso racional y una sustitución oportuna de unas fuentes de energía por otras? ¿Tiene capacidad el sistema internacional económico y político para resolver adecuadamente una situación semejante? La prueba podría ser decisiva.